

os fortalecereis con el pan de los ángeles, y si vivís vigilantes, nada podrán contra vosotros los terribles esfuerzos de los enemigos de vuestras almas: así será ciertamente, porque Dios no desprecia al corazón contrito y humillado que le busca, antes bien le acoge bondadoso: *cor contritum, et humiliatum, Deus, non despicies*. Aprendamos por último á buscarle como María con lágrimas de ternura: y tendremos el consuelo de hallar este gran tesoro que perdimos por el pecado: en el templo, en la frecuencia de los Santos Sacramentos, en el bien obrar, en el cumplimiento de nuestros deberes, le hallaremos ciertamente, y este será el camino cierto para llegar un día á poseerle para siempre en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. *Amen.*

SERMON

SOBRE EL

CUARTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La Cruz á cuestas.

Bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.

Tomando sobre sus hombros la Cruz, salió para el lugar llamado Calvario.

Joan., cap. XIX, v. 17.

Un espectáculo asaz doloroso, cual jamás lo presenciaron los siglos, sois llamados á contemplar en esta tarde. No es un hombre á quien sus propios delitos conducen á un patíbulo, término por lo comun de una vida pasada en la maldad y en el crimen. Es sí un hombre cuya venida al mundo habia sido anunciada hacia muchos siglos por los profetas y suspirada ardentemente por los justos y patriarcas. Su origen no puede ser mas excelso: con su nobleza no puede competir la de ningún monarca de la tierra, ante su presencia toda grandeza desaparece porque es Hijo de Dios: por un efecto de su caridad infinita revistióse de nuestra propia carne en el claustro virginal de la mas pura, de la mas santa, de la mas privilegiada de todas

las mujeres. Su nacimiento había sido acompañado de prodigios: reyes y pastores postrados ante su cuna le adoran con el mas profundo respeto; los ángeles del empíreo hicieron resonar en los aires los dulces ecos de sus voces que entonaban cánticos de paz. Era la luz verdadera que alumbra á todo hombre: ya estaba en el mundo que fué hecho por él, y el mundo no le conoció; vino á los suyos, pero no le recibieron (1). ¡Oh adorables juicios de la divina sabiduría! La vida de este hombre Dios fué una vida de caridad; sus ocupaciones el hacer bien: con solo leer los anales de sus hechos en el Evangelio quedareis maravillados. Aquí para remediar una necesidad convierte el agua en vino: allí atendiendo á los ruegos de un ciego de nacimiento le da vista: tan pronto libra del demonio á un poseído, como da agilidad en sus miembros á un paralítico: ora le vereis multiplicar los panes y los peces para saciar á una turba hambrienta: ya dando nueva vida con el imperio de su voz á un hombre despues de muerto de mas de cuatro dias: lleno de caridad admitia á todos los que á él se acercaban; nadie le pidió un beneficio que no le recibiera de sus benéficas manos. ¿Quién le buscó y no le halló? ¿Quién le pidió y no recibió? ¡Ah! preguntadle á la Chanaea, y ella os dirá el efecto que tuvieron sus súplicas, no obstante que antes le habia mostrado su indignidad. Lleno de mansedumbre jamás se irritó contra ninguno, por mas que á él vinieran con dañadas intenciones. En sus resoluciones á las dudas que maliciosamente le presentaban, respondia con la mayor

(1) Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui non receperunt. Joan. cap. 1, v. 9, 10 y 11.

prudencia y guiado por la mas ardiente caridad: prueba de esto la contestacion que da á los que le preguntan si deben pagar tributo al César: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que le pertenece (1).» Ved su justicia. Si le presentan á la mujer adúltera preguntándole si debia morir apedreada segun la ley: «El que esté sin pecado, díceles, que le tire la primera piedra (2).» Ved su caridad y su misericordia.

Decidme, mis hermanos: ¿habeis visto un hombre mas benéfico para la sociedad, mas lleno de virtudes? Pues si este hombre que por todas partes iba haciendo bien, segun la frase del Evangelio (3), le prenden los judíos, le presentan á los tribunales, le acusan de mil crímenes sin probarle ninguno, arrancando de la pluma de un juez venal, que no obstante conocer su inocencia cede á las exigencias de un populacho amotinado, una sentencia de muerte la mas injusta que ha pronunciado jamás juez alguno. ¡Sentencia terrible que pesa y pesará sobre los hijos del deicida pueblo! Conforme Jesus con la voluntad de su Eterno Padre, se resigna á morir no por sus propios pecados, pues que ninguno tenia ni podia cometer, sino por los nuestros que llevó sobre la Cruz, que colocandó sus verdugos sobre sus divinos hombros, se la hicieron llevar hasta el Calvario para crucificarle en ella. *Bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvarie locum.*

(1) Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari: et quæ sunt Dei, Deo. Math. cap. XXII, v. 21.

(2) Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat. Joan. cap. VIII, v. 7.

(3) Qui pertransiit benefaciendo, et sanando omnes oppressos á idolo, quoniam Deus erat cum illo. Act. cap. X, v. 38.

No vamos, mis hermanos, á llegar hoy al lugar del suplicio, pues que antes tenemos que contemplar una terrible escena, capaz de hacer temblar á los cielos y á la tierra. Jesus camina ya al suplicio, rodeado de la turba infame que se burla de sus tormentos, y aquella Madre Purísima, en cuyas entrañas se revis-tiera de nuestra carne, le sale al encuentro, y fijase la vista de Jesus en María y la de María en Jesus. ¡Ah! ¡Terrible cuadro!!! ¡Escena de dolor cual jamás han visto ojos humanos! ¡Desconsuelo sin semejante el de una Madre que vé en tan lamentable estado al Hijo de sus entrañas!!! ¡Aflicion sin igual para un Hijo tan amante como Jesus, ver á su Madre tan llena de amargura!!!

Tal es, el cuadro de dolor, la escena trájica que somos llamados á meditar en esta tarde: el agudo dolor que atravesó el alma de la Santísima Virgen al ver á su divino Hijo en la calle de la Amargura, cargado con el peso enorme de la Cruz. La humildad de esta Purísima Señora, que no dirige una palabra de odio ni desprecio á aquella turba sacrilega, nos enseñará á practicar esta virtud fundamental del Cristianismo.

Dolorosísima Madre: no me es posible pintar al vivo vuestro dolor, en el paso que es objeto de nuestra contemplacion: no lo permite mi limitacion é insuficiencia, pero aunque no haya de presentar mas que un débil bosquejo á el pueblo fiel que me escucha, me son indispensables los auxilios de la Divinidad. Dignaos interceder por este pecador, mientras que nosotros os saludamos con el mayor afecto llena de toda gracia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Tuvieron cumplimiento por fin los vaticinios de los Profetas en orden á los tormentos y muerte del Redentor de la humanidad. Isaias, divinamente inspirado, le habia visto á través de los siglos, despreciado, hecho un varon de dolores, y reputado como leproso, herido de la mano de Dios y humillado, por tomar sobre sí nuestras enfermedades, y cargar con nuestros pecados (1). En efecto, Jesucristo á quien la impiedad y vileza de Judas habia entregado en manos de sus enemigos, habia pasado de tribunal en tribunal, sufriendo en todos ellos los mas crueles tratamientos, y siendo víctima de los mayores insultos, baldones y desprecios que jamás se hicieron pasar á un reo por horrendo que fuese su crimen. Aquí le dan una cruelísima bofetada que le hace verter sangre por sus divinos ojos: allí le cubren con la vestidura de los dementes: ora para entretener las altas horas de la noche, le vendan los ojos y le dan crueles golpes diciéndole: «Adivina quien te dió:» ora se vé comparado y despues pospuesto á Barrabás, célebre asesino; ya le azotan con la mayor crueldad, ya colocan sobre sus sienes una corona de penetrantes espinas, postrándose en su presencia con mofa y diciéndole: «Dios te salve, rey de los judíos:» despues, en fin, pronunciada la sentencia, le visten con su túnica para que sea de todos conocido, y poniendo sobre sus hombros el madero de la Cruz, dirígese aquella terrible procesion al monte de las Ca-

(1) Isai. cap. LIII, v. 3 y 4.

laveras, lugar destinado para llevar á cabo el sacrificio.

¡Ah! Yo contemplo en este momento al inocente Isaac cargado con la leña del sacrificio, y le veo dirigirse con su padre al monte Moria: pero no hay comparacion entre él y Jesucristo: Isaac ignora que va á ser inmolido: Jesus sabe que es la víctima que va á ofrecerse á su Eterno Padre. Isaac nada habia padecido, al paso que Jesus está hecho un varon de dolores, no teniendo sana ninguna parte de su cuerpo, pues que era una viva llaga de los piés á la cabeza, á causa del martirio de la flagelacion, segun lo habia anunciado Isaias (1). Así, cual manso cordero, camina entre sangrientos lobos, sin exhalar un ay de queja, pues solo se presenta á su imaginacion la libertad del hombre. ¡Qué espectáculo tan lúgubre! Las roncas trompetas hacen resonar sus ecos por el aire: la voz de los pregoneros anuncia la sentencia: un griterío inmenso da á comprender el regocijo de aquel pueblo bárbaro, sediento de sangre, que dirige improperios á la Divina víctima: unos arrojan sobre su hermoso y desfigurado rostro asquerosas salivas: este le pega empujones, el otro tira de los cordeles que penden de su cuello para hacerle caer en tierra, y todos le dirigen insultos é improperios: la sangre que vertia por sus heridas.... ¡oh! era hollada por las inmundas plantas de aquellos verdugos que no conocian su valor infinito..... ¿Os estremeceis, amados fieles? ¿Os llenais de estupor y espanto á vista de una escena tan trágica? Pues recobrad vuestras fuerzas y preparad vuestros es-

(1) A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas. Isai., cap. I, v. 6.

piritus para la pintura del mas doloroso suceso que tiene lugar en la calle de la Amargura.

Jesus tiene una Madre y esta Madre quiere participar de los oprobios de su Hijo; desea padecer con él y quisiera en su compañía ser crucificada. Su corazon está atravesado con una espada de dos filos: sale presurosa y hácese paso por enmedio de las turbas.... ¿Pero á dónde vais, oh afligidísima Señora? Retiraos y no vayais á presenciar escena tan dolorosa, no vayais á afligir mas con vuestra presencia á ese purísimo José á quien ha vendido la mas detestable perfidia. ¿Y podreis resistir su vista? ¿Y acaso le conoceréis? Pero María no se detiene: corre presurosa, se interna entre el populacho, dirige la vista hácia adelante, vé el brillo de las lanzas, observa atentamente, y ¡oh dolor! vé entre ellas al amado de su alma. ¡Ay, dolorosa Madre! Cumpliése ya el triste vaticinio de Simeon, que no habiaís olvidado un solo momento: hasta aquí todo habia sido contradiccion y persecuciones: ahora todo son tormentos y dolores. Cumpliéronse tambien aquellas palabras de los Cantares: por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma (1), pero si en su pérdida cuando tenia doce años le encontrásteis en el templo, ahora, Madre mia, le encontrais, no entre los doctores mostrando su sabiduría infinita, sino agoviado y agonizante bajo el peso de su propio patíbulo. Ahora es cuando el corazon de María se llena de amargura: ahora es cuando puede esclamar con mas motivo que Ruth. *Amaritulline valde replevit me*

(1) Per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea. Cant. capitulo III, v. 2.

Omnipotens (1). Haciendo esfuerzos por entre la confusión María llega á colocarse inmediata al Hijo de sus entrañas. Se miran mutuamente, pero ambos corazones son partidos por el dolor mas vehemente. ¡Qué angustia para el Señor ver á su Madre en tanta amargura! ¡Qué desconsuelo para María ver á su Jesus en estado tan triste, en situacion tan dolorosa! Yo confieso que no encuentro espresiones con que esplicarme.

A vosotras, madres de familia, recurrí cuando hablamos de la profecía de Simeon para que figurándoos en la posicion de María, comprendiéseis en algun tanto el tormento de su corazon, al escuchar el vaticinio. De nuevo recurro á vosotras. Si viéreis á un hijo vuestro sentenciado á la última pena ¿cuántas lágrimas no verterian vuestros ojos? ¿Qué pasos no dariais por librarle del brazo de la justicia? Y si no pudiendo conseguir nada, llegase la hora señalada para la ejecucion, y saliéseis de vuestras casas y corriéseis presurosas, y viéseis el fúnebre cortejo, y oyéseis el ruido de los tambores, y en suma, le viéreis con las manos atadas, caminar á paso lento en medio de bayonetas, ¿qué sentiria vuestro corazon? ¿Cuál seria vuestra amargura? Si la sola suposicion os estremece, si os hace verter lágrimas, ¿qué seria la realidad? Pues bien: contemplad ahora cuál seria el dolor de esa reina de los Serafines cuando vé á su inocentísimo Hijo, conducido del modo mas inhumano al suplicio, por aquellos deicidas que van aumentando sus tormentos.

¡Oh, calle de la amargura! ¡Cuánto me haces

(1) Ruth, cap. I, v. 20.

recordar el paraiso!.. En aquel veo, un hombre una mujer, un árbol... En tí descubro los mismos tres objetos ¡pero cuán grande diferencia!.. En el paraiso veo un hombre desobediente que arrastra á su posteridad á la mas lamentable desgracia... En tí, un hombre Dios obedientísimo que camina á ofrecerse en sacrificio para redimirnos. Allí una mujer que nos dió la muerte... En tí otra que nos dió la vida, dándonos el Salvador. En el paraiso, en fin, un árbol cuyo fruto fué de maldicion... en la calle de la Amargura y sobre los hombros de Jesus un árbol cuyos frutos son de vida eterna. ¡Qué amor mas extraordinario! ¡Qué caridad mas inmensa!

Continuemos nuestra atencion al cuadro de desconsuelo que presentan Jesus y María al verse en el camino del Calvario. Allí como dice el Justiniano enmudecieron sus sacratísimas lenguas, hablando tan solo sus traspasados corazones, aumentándose uno á otro recíprocamente sus tormentos, aumentándose el dolor de María, á la consideracion de la ingratitude de la humanidad (1). ¡Ah! María mira aquel Divino rostro en quien se miran los ángeles y le ve cubierto de sangre; aquella cabeza, centro de la sabiduría eterna y la ve atravesada por punzantes espinas; su hermoso cuello llagado por la crueldad con que tiraban de las cuerdas: aquellas manos que fabricaran el universo, sujetando el sacrosante leño. ¡Ay! A mí me parece oír el triste acento de esta dolorosa Madre, que dirigiéndose por fin á Jesus, Hijo mio,

(1) Mist. Ciud. de Dios, 2. par. núm. 1369.